

DO
IL
SOC



id
88



EL MUNDO
DE
PERFIL



R. Madrid

4788





B. R.
14



CARMELO BLAZQUEZ
LIBRERO

AUTOR ru.

TITULO E

RESEÑA Ma

Cargo 16°

176 p. (no IV)

Primera,



CARMELO BLAZQUEZ
LIBRERO

AUTOR *Ramón Aguilera Ventura.*

TÍTULO *El Mundo de Perzifil*

RESEÑA *M. Durr. "El Atalaya", a*

Cargo de S. M. Méjica, 1859-60

176 p. (Biblioteca de Viaje - Tomo IV)

Primera serie: Proposición de Fe,

Dos de Mayo, Nueva Gales, & otro.
El rostro de Mercurio, de Júpiter
errante. - Inv. media piel.

Rafitima

3200

Carmelo Blasquez E-8

32000

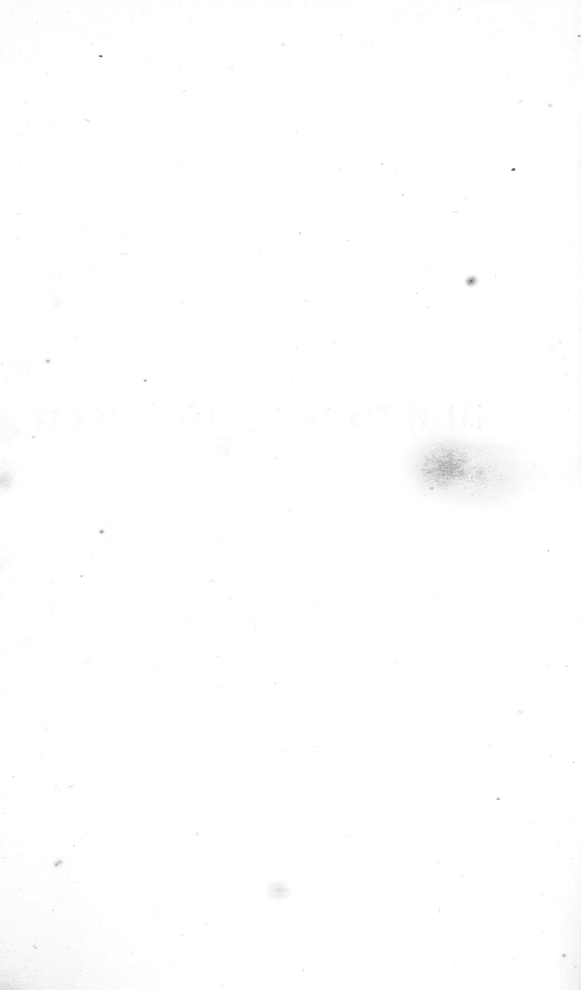
32.000

A-1420

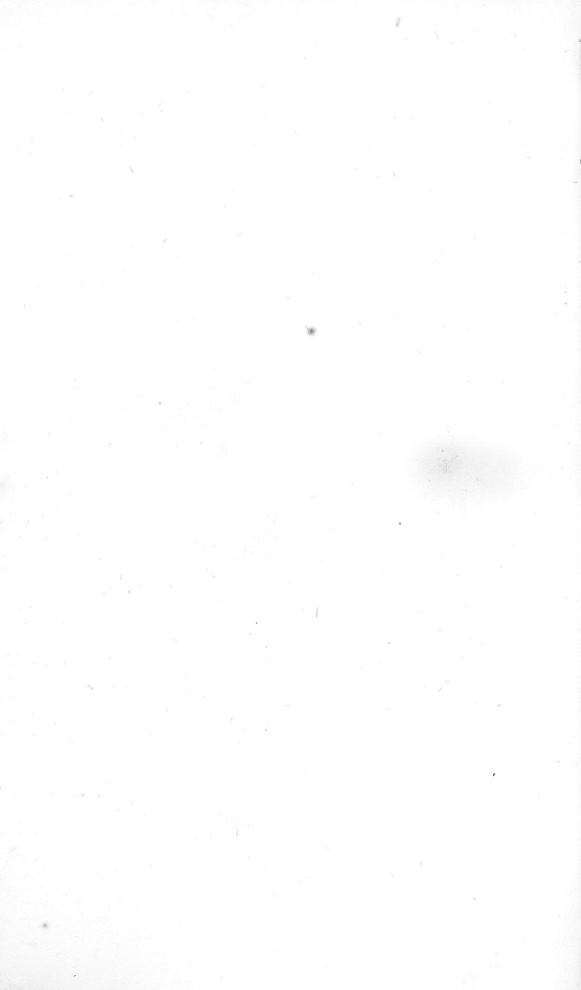
R
68640

BIBLIOTECA DE VIAJE.

4.



EL MUNDO DE PERFIL.



BIBLIOTECA DE VIAJE.

EL MUNDO DE PERFIL.

COLECCION DE ARTICULOS

originales

DE DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

Primera serie.

Profesion de fé.
Dos de Mayo.
Una golosa

El otro.
El Rastro de Madrid.
La pulga errante.

MADRID.

IMPRESA DE EL ATALAYA, ANCHA DE SAN BERNARDO, 73.
á cargo de J. Martin Alegría.

1859.



AL QUE LEYERE.

Lector *caro*, ó *barato* (que yo á nadie quiero levantar falsos testimonios:) celebraré que te guste el título de *El Mundo de Perfil*, que doy á la colección de varios de los artículos serios y festivos, tristes y alegres, satíricos y filosóficos, graves y burlescos que he escrito, y si no de todos, por ser empresa irrealizable, de muchas cosas del mundo tratan dándolo á conocer siquiera un poco, de perfil, ya que no de frente y por completo.

¿No te gusta? Pues ponle el que te se antoje y Cristo con todos. Acá, para *internos*, tampoco á mí me llena; pero se me pide (con razones muy fundadas) un nombre *générico en lo posible* para bautizar este chiquillo, y es tal mi rudeza que no se me ha ocurrido otro que mejor le cuadre que el que lleva.

EL AUTOR.



PROFESION DE FÉ.

Grandes impulsos hemos sentido de arrepentimiento antes de tomar la malaventurada pluma en nuestras manos; pero, como quiera que uno de los pecados mas frecuentes que en el dia comete todo vicho vivo es el de alimentar el *cólera* periodistico, nosotros, como pecadores, no hemos podido resistir á la tentacion de vernos en letras de molde, que es lo mismo que si nos viéramos *en berlina*. Porque ¿cómo agradar á todo el mundo? ¿Qué haríamos, ¡pobres

de nosotros! para evitar las mil murmuraciones, las mil censuras, las mil risas de ese gigante llamado *público*, que tiene tantos caprichos como cabezas, tantos antojos como una coqueta?—«Escribir bien, se nos dirá, estudiar eso que llamais *caprichos* y *antojos*, y si no abandonar semejante empresa. El público que paga, y el que no paga lo mismo, siempre que lea, tiene derecho á que no se insulte su buen sentido, su admirable é instintivo gusto con producciones que necesiten á toda prisa la *estrema-uncion*, so pena de morir, no bien nacidas, sin los postreros auxilios espirituales.»—«Pero eso, contestamos nosotros, es pedir *prodigios*, *imposibles*, *cosas nunca vistas ni oidas*.»—No es pedir imposibles, se nos replica; lo que yo, que soy el *público*, quiero, es que se me guarden las debidas tentaciones; y estas atenciones se me guar-

dan, considerando que no peço de exigente, y no olvidando que soy el público de 1849, esto es, un público sin andadores, mayor de edad, ilustrado.»

Ni por esas; nuestra resolucion es inflexible; escribiremos, aunque nadie nos lea; hablaremos, aunque nadie nos oiga; nos *distinguiremos*, aunque nadie nos vea. ¿Por qué no hemos de contribuir, siquiera con un fósforo, á la iluminacion que presta la gran lucerna del siglo XIX? ¡Vaya si concurriremos! ¡No faltaba mas, sino que Francia, por ejemplo, Alemania, *verbi gratia*, se quedasen á oscuras por nuestros escrúpulos de monja! Y, sobre todo; ¿qué diria Lamartine, si no *poetizáramos* un poquito? ¿Qué seria de la calma sepulcral de Cervantes Saavedra, sino hubiese en nosotros, ya que no unos colosos, cuando menos unos conservadores puntiagudos de la lengua del autor

del *Quijote*, de santa Teresa de Jesus, y de Hurtado de Mendoza?

Repetimos que nuestra resolucion es inflexible, y lo demas que ya sabe el curioso lector. Con tales precedentes, permítasenos entrar en materia.

La política, como los herizos, tiene púas; las púas pinchan. No toquemos á los herizos, ni á la política. Si en una operacion matemática ponemos una mano encima y un herizo debajo, y los sumamos, el resultado será: *Sangre*. Aborrecemos la sangre.

¿Cuánto mejor no será hablar, por ejemplo, de literatura, ciencias, artes, modas, chismografía, costumbres, viajes, poesías, estudios biográficos, etc., etc., etc.? Estos trabajos son, prescindiendo de otras consideraciones, sumamente accesibles á toda clase de personas. Y si no veamos.

¿Qué es la *literatura*, en la actualidad?

Literatura es.... *cualquier cosa*. Escribamos... *cualquier cosa*, y habremos escrito de literatura, y seremos tan literatos que no haya sino colocarnos bonitamente á la cabeza de la Academia española, y allí nos las den todas.

Las *modas* prestan sobrada materia al escritor mas pedestre. El mundo es un gran taller de sastre, dirigido por el diablo. En este taller se cortan los trages mas elegantes, las prendas mas acabadas que se pueden imaginar, puesto que en él se reciben del infierno los figurines, y sabido es que el mundo imita al infierno, en punto á modas, como Madrid á París. ¿Se estila en el infierno la hipocresía? Al momento se plaga el mundo de hipócritas, que no lo parecen. ¿Se estila en el infierno la ignorancia? No se pasarán dos dias, sin que se vean por el mundo millares de ignorantes, con aspecto

de sábios. Por lo demas, como dijo con escelente intencion don Miguel de los Santos Alvarez:

¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra.

¿Pues qué diremos de la *Poesía*? ¿Quién no es poeta? ¿Qué familia hay tan desdichada que no cuente en su seno una generacion de trovadores, cada cual con su correspondiente misioncita que llenar en esta tierra de garbanzos?

Dicho se está, con lo que apuntado llevamos, que nos pondremos á poetas, y que nos creemos con tantas facultades como el que mas para contarnos en el número de los consumidores de papel, artículo cuya escasez ha de ser extrema, andando el tiempo, á no ser que se nos caiga como llovida del

cielo alguna ley marcial, contra los *genios* al uso.

¡ Costumbres ! ¿Cómo no hemos de hablar de costumbres, siendo ellas tantas y tan puras ? ¿ Ni qué cosa mas fácil de tratar por cualquier escritor , no decimos conociéndolas , sino aunque así las conozca como ahora se conoce la cuadratura del círculo ? La crítica decente , el buen discernimiento , la filosofía , la *vis* particular para manejar tan delicado asunto , son dotes , ó comestibles si se quiere , que se encuentran y se compran en el mercado por una friolera .

No menos decididos estamos en punto á *viajes* . La pobre humanidad , condenada á andar al través de los siglos como el Judío de los siete clavos , ofrece en su perpétua peregrinacion por la tierra , larga materia de aventuras , de escenas interesantes , de

cuadros originales , ya sérios , ya festivos , horripilantes unas veces , alegres otras . A esa gran peregrinacion concurren todas las familias humanas reunidas ; es una federacion universal de tribus y de razas . Cada viajero lleva su fardo al hombro ; el de unos es enorme y pesado , como el plomo ; el de otros pequeño y leve , como una pluma . El vicio camina al vapor , bullicioso , jugueton , risueño , bailando , cantando , gozando . La virtud al paso de la tortuga , llorosa , desnuda , hambrienta , suspirando , gimiendo , ayunando . A su paso tropieza la humanidad con paises en mil maneras diferentes : aquí un desierto ; allá una ciudad ; aquí se come á los hombres crudos ; allá se les devora cocidos ó asados ; en una parte una fuente , una cascada , un rio , un mar ; en otra parte un arenal de centenares de leguas , sin una flor , sin un pájaro , sin una gota de agua .

¡Qué mina tan inagotable encierra la palabra *viajes*!

¿Y la palabra *historia*? ¡La *Historia*! Esa gran verdad, según unos, esa gran mentira, según otros, ese *ojo*, *antorcha* ó *testigo* de los siglos, según muchos, es según nosotros el repertorio dramático más divertido que existe. De él sacaremos varias piezas escogidas para ponerlas ante los ojos del público. Cuidaremos de que cada actor de ellas salga á las tablas con su traje correspondiente: á *Fulano*, si fué rey, le vestiremos de rey, no sea que se le confunda con cualquier pelele; á *Mengano*, si fué general, le pondremos las insignias y condecoraciones adecuadas, no sea que se le equivoque con un recluta; si fuese un solemne majadero, le haremos decir que es más literato que tantos y cuantos. Pueblos que así cambiaron de instituciones como

de camisa; revoluciones que *abortaron*, con los comadrones que las asistieron; batallas, invasiones, conquistas, civilizacion.... ¡ Ahí es nada lo que se presta la historia al curioso investigador!

Fuera de lo vedado por la legislacion de imprenta á las publicaciones literarias, no hay cosa que no quepa en nuestro programa, que para eso, ademas de la osadía, se inventaron el papel, la pluma y el tintero.

Declaramos desde ahora guerra á muerte á todos los abusos, á todos los vicios: en nuestras críticas procuraremos no ver *personas*, sino *hechos*; no escojeremos á este ó al otro individuo con su nombre y apellido para modelo de un retrato que todo el mundo escarnezca y apunte con el dedo, sino que pintaremos cuadros colectivos, donde cada cual pueda descubrir sus defectos, sus miserias.

No hay para qué justificar el título con que hemos bautizado nuestra obra, por la sencilla razon de que nadie en la moderna sociedad se cuida de justificar el que le distingue; lo cual no impide mucho á que vivan tan sanos y rollizos que es una bendicion de Dios. En esto, como en todo, es de necesidad amoldarse al uso corriente, so pena de esponerse á ser ridiculizado. ¡En buen pantano se metería la sociedad, si se le preguntase á un mal actor por qué se llama actor, y no *mata comedias*, á un escribano por qué se llama escribano y no *escriba ó fariseo*, y á un zapatero remendon por qué se llama *artista*! Otro tanto sucede con los títulos de los periódicos. Tal habrá que se llame *La Civilizacion*, debiendo llamarse con mas propiedad *Las Tinieblas*; cual habrá que se titule *El Iris*, debiendo titularse con mas exactitud *La Calabaza*.

Decir que con esta publicacion no tenemos pretensiones de ninguna clase, sería decir lo que dijo *el otro*, á uno que le daba una propina: *No se canse usted*,—y se metía el dinero en el bolsillo.

Pretendemos dos cosas: ante todo agradecer á nuestros lectores, y despues contribuir, como Dios sea servido, á que se mantenga vivo el movimiento literario que se observa en nuestra patria.

1849.

DOS DE MAYO DE 1808.

I.

El fúnebre clamoreo de las campanas, desparramándose por el viento el día dos de Mayo, evoca en nuestro espíritu las glorias y los dolores del pueblo generoso que, hace medio siglo, se ofreció en holocausto á la patria, vilmente hollada por planta extranjera, escribiendo al mismo tiempo con la sangre preciosa de sus hijos la primera página de la redención española.

Bonaparte conocia que solo la astucia, el disimulo y el engaño podrian tal vez domeñar á esta nacion, heróica entre todas las naciones heróicas del globo; y fingiéndose amigo, y bajo pretesto de pasar á Portugal, renueva la invasion de Carlo-Magno, olvidando la historia de Roncesvalles, y lanza de las cumbres de los Pirineos la flor de sus ejércitos, al mando de los capitanes mas famosos del siglo. Merced á esta cobarde traicion, nuestras plazas fuertes quedaron convertidas en nidos de aquellas águilas hambrientas que se habian cernido en Oriente sobre las Pirámides, y en Occidente sobre las llanuras y las montañas de Europa, y que esperaban el momento de caer sobre la codiciada presa que habia de formar parte de la monarquía universal, soñada por el gran bandido.

Aherrojada sin lucha la nacion española; atraidos alevosamente á Francia el jóven mo-

marca Fernando , el infante don Carlos y los reyes padres, y huérfana de proteccion, porque la Junta Suprema , único poder que la gobernaba , carecia de dotes de civismo , de inteligencia y energia á la altura de las circunstancias , devoraba en silencio su afrenta y su amargura , é iba á ser borrada del catálogo de las naciones independientes , si no se salvaba por si misma haciendo un esfuerzo sublime que recordase las glorias de Covadonga.

Y esa hora habia llegado. Los ánimos andaban inquietos ; el odio , reconcentrado hasta entonces, ya mal reprimido, revelábase á la luz del dia en todas partes y en todos los semblantes ; el nombre francés era maldecido de un extremo á otro de la Peninsula, y todos los oidos percibian esos rumores vagos , sordos , incesantes , inesplicables , que preceden á las tormentas populares. Pero

donde la fermentacion llegaba á su colmo y el sufrimiento no conocia ya límites, era en la capital del reino, en cuyo recinto é inmediaciones habia agolpado el usurpador sesenta mil combatientes, los soldados mas aguerridos del mundo.

De repente cunde la noticia de que Murat, gran duque de Berg, va á presentar á la Junta una carta de Carlos IV dirigida al infante don Antonio Pascual, presidente de la misma, ordenándole que al punto disponga que salgan de España la reina de Etruria y el infante don Francisco de Paula, fijando para ello el dia 2 de mayo. En cuanto á la partida de la primera, hija del anciano monarca, amiga del privado y de la Francia, al pueblo le era indiferente; pero no así respecto de la del segundo, como muy pronto vieron los sucesos á demostrarlo.

II.

Era el día 1.º de mayo de 1808. Murat habia dispuesto, segun costumbre, para amedrentar al pueblo, pasar revista á sus tropas en el Prado, como la pasó, en efecto, despues de oir misa, por ser domingo, en el convento del Cármen. Siempre habia acudido gran concurrencia á las revistas, aunque mas bien por mera curiosidad que con deliberada intencion de mostrar claramente el desprecio profundo que le inspiraban tan belicosos alardes. Al volver Murat al interior de la capital entre el estruendo armonioso de las músicas militares, rodeado de generales y seguido de su ejército, cuyas armas y uniformes brillaban al sol como un rio de plata y oro, todas las calles del tránsito se hallaban

obstruidas por un gentío inmenso , pero silencioso y amenazador como nunca.

Si se oía tal cual palabra, pronunciábanla los labios de algun hijo del pueblo madrileño , que, para revelar el ódio que hervía en su corazón, no usaba de pavorosas exclamaciones, ni de trágicos ademanes, sino del picante y espresivo gracejo que le es propio. Murat había atravesado la calle de Alcalá sin accidente que digno de mencion sea ; y al desembocar dos ayudantes en la Puerta del Sol, llena también de damas y currutacos, de majos y artesanos, de casacas y pelucas empolvadas , de berlinas y forlones, una manola, que llamaba la atención así por su provocativa hermosura, como por su rumbo y singular donaire, plantóse en medio del arroyo con los brazos en jarras.

Iba Maruja—que tal era su nombre—de manga corta, luciendo un brazo que envidia-

ria la misma Vénus; y llevaba en la cabeza una peineta de plata derribada á la izquierda, detras de una espléndida rosa de Alejandria y de un ramo de jazmines, flores que igualmente ostentaba prendidas en medio del levantado pecho. Un corpiño de raso negro con hombreras de madroños y bellotitas de pasamanería, saya corta de la misma tela con iguales adornos y largos flecos de seda, media calada y como el ampo de la nieve, ceñida sin la mas leve sombra de arruga á una pierna soberana, cuyo pié, artísticamente modelado, parecia de una niña de doce años; zapato bajo, de tabinete, con escarapela rizada, y una ancha tira de terciopelo por mantilla, terciada á manera de banda, componian el traje de la airosa madrileña.

Uno de los ayudantes, porque el otro ya corria por la calle Mayor, tuvo que sujetar un momento el caballo para no atropellar á

la manola, quien, aprovechando la ocasión, acercóse al oficial y le dijo:

—Agur, monsiú.

Y volviendo la cabeza á los circunstantes, añadió:

—¡Sobre qué se le han encandilao los ojos á esta criatural! Dígale su mercé á su amo don Morral ó Murat ó como se yame, cay una rial moza que le requiere. Con que repitiendo: agur y mandar, monsiú; me recopilo á los piés de su mercé.

Hízole una reverenda cortesía, y tornó á su sitio entre los aplausos de la multitud que, saliendo de su silencio sombrío, y alentada con el ejemplo de Maruja, no bien distinguió á Murat le saludó con una silba, que no la oyó tan estrepitosa en plaza alguna el toro mas marrajo. El gran duque, tal vez por convenirle entonces evitar que semejante demostracion adquiriese otro carácter, pues la pru-

dencia no era virtud que le fuese muy familiar, sufrió sin alterarse aquella carrera de baquetas, jurando, no obstante, en su interior, vengar tamaña afrenta con un escarmiento que horrorizase al mundo.

III.

¿Quién ¡ay! la alevosía,
la horrible asolacion habrá que cuente,
que, hollando de amistad los santos fueros,
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?

(D. Juan Nicasio Gallego.)

A las ocho de la mañana del día 2, hallábanse en el cuarto bajo de un viejo casucho de la calle de Avapiés tres personas, á una de las cuales ya conocemos, pues era la tentadora Maruja en cuerpo y alma, ataviada lo mismo que en la víspera, y mirándose á un pedazo de espejo medio desazogado,

indigno ciertamente de reflejar la soberbia belleza de la gentil manola, que sin duda se preparaba á salir á la calle á conquistar voluntades y robar corazones.

Al pié de la reja estaba sentado su padre, el señor Geromo, hombre de pelo en pecho como suele decirse, moreno como un gitano, de unos cincuenta años de edad, pero robusto, recién afeitado y recién peinadas las estrechas y rectas patillas de cuatro dedos de largo, camisa de chorrera, sombrero apuntado, larga coleta, chupa de seda color de leche bordada de flores amarillas y lentejuela, casaca morada, calzon negro de pana, medias de estambre azul, zapatos con hebillas, y cubriendo toda su respetable persona una capa de tela color de chocolate, con esclavina cortada á picos. El señor Geromo parecia por su traje y su gravedad, todo un corregidor.

Acompañábales Lagartija, el preten-

diente de Maruja, mancebo conocido en Avapiés, en el Rastro y en Maravillas; menudo y listo como una ardilla, gran jugador de naipes, maestro en el manejo de la navaja, y valiente hasta rayar en temerario. Ninguno de sus compañeros punteaba mejor una vihuela; pocos entonaban con la gracia que él una copla, y no habia nacido en *el universo mundo* quien le echase el pié delante en esto de bailar unas boleras. Amaba á Maruja como á las niñas de sus ojos, á pesar de los desdenes de esta, que picaba mas alto; y aunque aborrecia, como ella, á los enemigos de su patria, pues era español hasta la médula de los huesos, por ella habria sido capaz de *pasarse al francés*, sacrificio el mas heróico que un verdadero español pudiera concebir en aquellos aciagos dias, cuanto mas llevar á efecto.

La mañana estaba deliciosa, despejado

el cielo, y alegres pajarillos, tendiendo sus alas por el aire tibio, inundado de luz y de perfumes, iban de vez en cuando á posarse en los rosales y enredaderas de la reja, saludando con sus gorgoros á la reina de las manolas, que cuidaba por su mano á dos tórtolas colgadas en jaulas de mimbre, en las cuales ponía comida bastante para estas y para las aves que del campo acudían á visitar á sus cautivas compañeras.

Largartija preludiaba una tocata en la vihuela.

El señor Geromo, apoyado un codo en la mesa de pino que á su lado tenia, y la cabeza en una mano como quien á serias meditaciones se entrega, hacia rato que callaba; cuando levantándose de repente dijo, encarándose con Lagartija:

— Dígame, Manolo, que los españoles de estos tiempos no tenemos el aquel de los

antiguos, y que semos unos gayinas, con mucho del pico y mu poca de la virgüenza.

—Señor Geromo, respondió Lagartija colgando la guitarra en un clavo romano, los españoles del dia tenemos tamien el corazon á la izquierda, y en cuantis sofresca la casion... no igo mas.

—Pues ya esa casion ha yegao. Murat mandó anoche á icir á la Junta que hoy mismo proclamará á Cárlos IV, si no le entriega el infante don Francisco pa inviarlo á estranjis. Y es sugeto abonao pacerlo, y golverá á traernos al favorito Godoy, que Dios confunda, y ayá serán capaces de apretarle el goyete á Fernando. Ya no pué uno ser güeno. Esos perros quien sangre, y se van á encontral con la orma de su zapato.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho, señor Geromo; y si en la Junta hubiese hombres de corazon y patriotas, no quedaba

francés pa contarlo, que bien lo merecen. ¡Si no tien religion! ¿Le paece á su mercé que no hay en Madrí quien se trague la artillería que tiene Murat en el Retiro, y la Guardia imperial, y la division de infantería de Meynier, y la division de cabayería, con cabayos y todo?

—No te dejes en el tintero las tropas acantonás en San Bernardino, en el Pardo, en Chamartin, en Fuencarral, en Pozuelo, en Toledo y en Segovia; porque esos marditos de cocer son mas que las hormigas del campo y las arenas del Manzanares.

—Lo malo siempre abunda.

—¿Y qué guarnicion tiene la Junta en Madrí? Tres mil hombres, y á esos no les dejan pasal de la puerta de los cuarteles.

—Porque la Junta y los gefes de tropa estarán vendios al francés; observó Maruja, calzándose un zapato.

—Y el pueblo ¿qué hace? preguntó el señor Geromo: Ir de dia á las mojigangas de las revistas, á ver á esos musulmanes de mamelucos, y de noche á la ritreta.... ¡Si mandase este cura!

A las ocho y media entró Juanelo, carnicero con tabla en la plaza de la Cebada, en mangas de camisa, sudando á chorros, jadeante, mas sofocado que un horno y con los ojos saltándosele de las órbitas.

—¿Qué hay, Juanelo? preguntaron á un tiempo el señor Geromo, Lagartija y Maruja.

—Que estamos perdidos: la Plaza de Palacio está yena de gente, porque á las nueve se nos van á yegar las presonas riales.

—No pué ser: dijo con aplomo Lagartija.

—He visto yo mismo los coches.

—Serán pa la reina de Etruria y sus hijos: váyanse benditos de Dios, y así cargue

con ojos el diablo: exclamó el señor Geromo.

—Es que tras ojos irá el infante don Antonio, y tras el infante don Antonio el infante don Francisco...

No bien pronunció Juanelo el nombre de este último, el señor Geromo entró en la alcoba, saliendo cuatro minutos despues con un trabuco para él, y un par de pistolas que distribuyó entre el carnicero y Lagartija, dando á Maruja una tremenda navaja, que con trabajo acomodó ésta en un bolsillo disimulado del corpiño, no sin que aflojase algo las costuras el volúmen del instrumento.

Armados de esta suerte, el señor Geromo dijo á su *ejército*:

—Andando se quita el frio: vamos, hijos, que hoy va á ser dia grande.

Y se dirigieron los cuatro á la Plaza de Palacio, punto en el cual iban desembocan-

do por diferentes avenidas los habitantes de la córte, atraídos por las siniestras noticias que de muy temprano corrian de boca en boca, y que acababan de colmar la copa del sufrimiento. Cuando llegaron á la Plaza de Palacio, apenas se podia dar un paso por ella. Hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones habian acudido allí como si se les hubiese citado.

Ya no cabia duda acerca de la próxima salida de las personas reales: allí estaban, segun el anuncio de Juanelo, los coches destinados al objeto, y allí una gruesa escolta de la Guardia imperial que en vano intentaba despejar el sitio. El pueblo clavaba tristemente la vista en las puertas del régio alcázar, y mas de un ojo centellante acechaba por entre el embozo de la capa y el sombrero apuntado los movimientos de la escolta, como si esperase una imprudencia, una ame-

naza, un motivo cualquiera, mas ó menos plausible, y estos nunca faltaban, para arrojarle á ella, y combatirla, y anonadarla.

La reina de Etruria y sus hijos subieron á uno de los coches, saliendo de Palacio á eso de las nueve, sin que se levantase ni una sola voz en su favor: bajaron en seguida los infantes don Antonio, presidente de la Junta Suprema, y don Francisco de Paula; y á la presencia de este último, que se hallaba en los primeros años de la infancia y era idolatrado de aquel mismo pueblo, que veia correr lágrimas abundantes de sus ojos, negándose á subir al carruaje, propágóse por la multitud una agitacion instantánea como el relámpago; bastando solamente el trémulo acento de una pobre anciana que, levantando al cielo sus descarnados brazos, dijo: *¡Que nos los llevan!* para que millares de bocas respondiesen con un grito frenético de furor,

repetido un instante despues por Madrid entero que, como dice un poeta ¹

al águila imperial abrió una herida
por do se desangró todo el imperio.

Lánzase la multitud á cortar los tiros de los coches, y la escolta hace una descarga contra ella. A la vista de los cadáveres, el entusiasmo y la rabia exáltanse mas y mas, y el pueblo, embravecido, aunque indefenso, empeña desigual combate con los vencedores del mundo.

El señor Geromo habia logrado, á fuerza de empellones, colocarse con *su ejército*, como él llamaba á los tres que con él salieron de su casa, detras de la escolta y tan próximo á los caballos, que mas de una vez le cruzaron estos el rostro con la cola.

El ejército del señor Geromo, respondió

¹ Ribot Fonséré.

unánime al grito de la vieja, no solo con los de ¡ *Muera Napoleon!* ¡ *Viva Fernando!* y ¡ *Viva el infante don Francisco!* sino con hechos.

Maruja, que con la irresistible fascinacion de sus ojos atortolaba á un soldado de la Guardia, que medio le chapurraba momentos antes una declaracion de amor y habia inclinado un poco el cuerpo hácia la manola desde su caballo para besarla, contestó al francés hundiéndole la navaja en el corazon, y diciéndole al par:

— ¡ Cuánto te quiero, resalao!

El cuerpo del ginete cayó desplomado á los piés de la manola; esta, apartando sus ojos preñados de lágrimas, porque nunca habia tenido espíritu ni para ver matar una gallina, huyó clamando:

— ¡ Santa Virgen de la Almudena, recibe su alma!

El trabuco del señor Geromo derribó otros dos soldados.

Lagartija, viendo caer á sus plantas un pobre anciano herido, se plantó de un brinco en las ancas de un caballo, y doblando su cuerpo flexible como el de una culebra, metió la cabeza por debajo del sobaco del jinete, encaróse con él, y mientras con la mano izquierda le atarazaba el brazo del mismo lado, con la derecha le puso la pistola en la boca, murmurando al dispararla:

—Toma confites; pero no se lo cuentes á nadie, no me yamen afrancesao.

Y de un salto se echó á tierra, poniendo luego piés en polvorosa, para repetir la escena en otro punto.

Del carnicero no se diga. Despues de quemar los cartuchos que llevaba, comenzó á descargar puñadas homéricas á diestro y siniestro sobre los soldados de la escolta.

Juanelo era hombre de naturaleza hercúlea, talla gigantesca, músculos de hierro y corazón de diamante. Había cogido un par de guijarros angulosos y cortantes, con los cuales sus brazos de ciclope, girando rápidamente como las aspas de un molino de viento, hundían costillas y magullaban brazos, como si estuviesen armados con la maza de Fraga.

Estos hechos pasaron en menos tiempo del que se necesita para narrarlos; y en verdad que, por triste que sea confesarlo, eran escaso premio á las feroces hazañas de los usurpadores que, en tanto, se cebaban en una multitud inerme é inocente.

Murat, que se hallaba alojado en la casa del favorito, á espaldas de Palacio, noticioso de lo ocurrido, inmediatamente destacó al sitio de la refriega un batallón con dos cañones que, sin intimación previa, hicieron

fuego despejando la plaza, pero con gran pérdida de hombres.

Poco despues todas las tropas francesas que guarnecian la corte, y las acantonadas en los pueblos circunvecinos, se fueron posesionando de las calles y puntos principales, dando continuas cargas á los madrileños que, lejos de abatirse, oponian la resistencia mas obstinada que tal vez habrian encontrado en sus campañas los soldados de Bonaparte.

«Viéronse, dice un historiador, jóvenes resueltos, sin mas armas que un puñal ó un palo, arrojar se con el mayor denuedo á los franceses, y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos: otros, desde las esquinas, asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes, y entorpecian las comunicaciones del enemigo: otros, reunidos en corto número, hicieron retroceder grandes masas de caballería: los

albañiles, desde la altura de las obras en que les sorprendió el movimiento, lanzaban sobre los enemigos cuantas materias tenían á mano. Las mujeres, desde los balcones, arrojaban tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas francesas que recorrían las calles, y hasta los niños tomaban parte en esta heroica lucha; y así se vieron muchos descalzos de pié y pierna, que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron. Cien combates se traban á la vez en distintos puntos. El ódio de los españoles es, sobre todo, inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansiosos de herir con un solo golpe un francés y un musulman.»

Los franceses no estaban ociosos; al contrario; la vista de la sangre aumentaba su crueldad hasta un punto increíble. Reunidos los que guarnecian la córte con los que

llegaron de fuera, á los tiros aislados de los madrileños contestaban con sesenta mil bocas de fuego, que sí arrancaban gritos y ayes de consternacion en ánimos apocados, en pechos varoniles acrecentaban el ardimiento y la sed de venganza, manifestándose estos sentimientos en frases, al parecer sencillas, pero de significacion funesta.

Al pasar por la calle Mayor una patrulla de seis granaderos, que en la misma calle habian degollado á dos infelices mujeres, paráronse á descansar y á limpiarse el sudor que por sus atezados rostros corria; en este momento Juanelo se asoma al balcon de un piso tercero, y volviéndose al señor Geromo, le dice:

—Esos muchachos tienen sed.

—¿Quieres que les demos agua? Pregunta el padre de la manola.

—Sí, ayúdeme su mercé; responde el

carnicero, señalando un grande armario.

Cogen entre los dos el macizo y pesado mueble, y, saliendo al balcon, lo dejan caer á plomo sobre la patrulla, gritando Juanelo:

— ¡Agua va!

— ¡Dos por dos! respondió el señor Geromero. Nada nos deben.

Dos franceses quedan aplastados, y los restantes huyen despavoridos, porque empezó á llover de otros balcones un diluvio de piedras y de balas sobre ellos.

Lagartija, escondido detras de una puerta entornada en la calle del Arenal, despachaba á todo francés que por allí pasaba desperdigado. Ya no tenia la pistola con que le vimos en la plaza de Palacio. Habría la perdido sin duda en la brega; pero en cambio llevaba un largo chuzo, regalo inestimable con que le obsequió un herrero de Puerta de Moros.

En el momento de soltar el señor Gerommo y Juanelo el armario, acercábase medio arrastras, herido de un pié, un granadero que cometió la vileza de dar un bofeton á una pobre señora porque le tropezó en la acera. Obsérvalo Lagartija, espera que el granadero se acerque mas á la puerta, verificado lo cual empuña con fuerza el chuzo y atraviesa con él de parte á parte al enemigo, diciendo:

—Aprieta el paso, tonto: anda á unirte con tus compañeros.

Lafranc, general de brigada, sabe que uno de los puntos mas importantes, ó á lo menos de aquellos en que la resistencia parecia formidable, era el llamado Parque de Artillería, sito en el barrio de Maravillas, calle de San José, y que en suma, no era sino una casa sin grandes obras de fortificacion; pero que, merced á sus bravos

defensores, reducidos á 33 hombres del regimiento de Voluntarios del Estado, 14 artilleros, la mayor parte inválidos, y algunos paisanos y mujeres, al mando de los capitanes don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, secundados por el teniente don Jacinto Ruiz, habíase convertido en fortaleza casi inespugnable. El general francés corre, pues, al Parque al frente de las tropas que se hallaban acantonadas en San Bernardino, y es recibido con un fuego tan horroso como certero, que sembró el espanto y la muerte en las columnas francesas. Desgraciadamente, cuando ya los restos de estas comenzaban á desmayar apelando á una fuga vergonzosa, una bala hiere en un muslo al intrépido Daoiz, quien, mas atento á la comun salvacion que á su propia vida, continúa en medio de una nube de fuego y de metralla á la cabeza de los suyos, dis-